

## A los Lectores

**P**IDA en todos los puntos de  
venta de España y a todos  
los Corresponsales, los números  
que le falten para tener comple-  
tas las colecciones de las publi-  
caciones de

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

**!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!**

## A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los  
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal  
Cinematográfica**

Pronto: Grandes Concursos  
Valiosos premios

Pida  
detalles  
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA  
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor. - Barcelona

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 310

50 cts.



LA  
DIABLESA

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FOR  
JULIETTE COMPTON,  
MALCOM TOD,  
ETC.

Filmoteca  
de Catalunya



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12  
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 310

---

## LA DIABLESA

Interesantísima producción dramática  
interpretada por los célebres artistas

Juliette Compton, Warwick Ward, Malcom  
Tod, Nina Wanna, etc.

EXCLUSIVA DE

SELECCIONES CAPITOLIO  
S. HUGUET  CAPITOLIO  
S. HUGUET Provenza, 292

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
ROCKCLIFFE FELLOWES

J. HORTA, impresor, Cortes, 719-Barcelona



# LA DIABLESA

---

## Argumento de la película

---

Era en el Cairo durante la primavera del año 1926. La ciudad egipcia, susurrante y llena de misterio, ofrecía al viajero la tentación de sus noches. En los cafés a media luz donde bailaban danzarinas de piel cobriza y ojos de llama, se reunían los europeos, ansiosos de conocer la fragancia del alma oriental. Alternaban con los bailes los cantos, tonadas melancólicas que parecían tener ciertas reminiscencias de la antigua civilización.

Una noche se encontraban en cierto café de El Cairo, una hermosa inglesa llamada Luisa Harding, y su marido, apurando bebidas de los más bellos colores.

Era Luisa una mujer ambiciosa, egoísta y extravagante hasta lo ridículo. Sin amor ni

simpatía se había casado con un hombre de mucha más edad que ella, pero inmensamente rico. La persona de su marido le importaba un ápice: lo que le interesaba era su fortuna.

El esposo, hombre rico que quería embelecer su vejez con la compañía de una mujer guapa, mostrábase pródigo y generoso con ella, haciéndola gustar todos los refinamientos del lujo y de los viajes. Y Luisa, que hasta entonces había carecido de buena posición económica, seguía de buena gana al marido sin otro reconocimiento que el que inspira un proveedor.

Pero se aburría, a pesar de las suntuosidades con que rodeaba su existencia. Ella, mujer joven y hermosísima, sentía en su corazón el ansia de querer, el tormento de una verdadera pasión que el viejo no había sabido darle. Y tenía que acallar sus sentimientos para ir por el mundo con aquel hombre que carecía del don de la juventud.

Entró en el mismo café un elegante caballero, Jimmy Duvier, un arqueólogo que dedicaba sus días al estudio del Egipto de los Faraones, pero sus noches las pasaba a la moderna. Iba acompañado de dos amigos y tomó asiento ante una mesa cercana a la de Luisa.



En el escenario bailaban una pareja. Jimmy vagó distraído su mirada por la concurrencia hasta posarse en Luisa a quien contempló fijamente con cierto interés amoroso. ¡Hermosa mujer! Admiró su ensortijado cabello, su tez fina y sensual, el perfume de amor que parecía desprenderse de su persona. ¡Una bella inglesa!

Dos árabes se habían acercado a la mesa donde estaban Luisa y su marido para mostrarles curiosidades y baratijas del país. ¿No querían comprar nada los señores?

Y mientras uno de los árabes enseñaba sus artículos al señor Harding, el otro le robaba cautelosamente una bella pitillera de oro que tenía sobre la mesa. El europeo no quiso adquirir nada y los dos vendedores se alejaron quejándose de la tacañería de los turistas.

Habían avanzado los dos sujetos unos cuantos pasos, cuando el caballero descubrió que le habían robado.

—¡ Mi pitillera! ¡ Acaban de quitármela!

Y, sospechando que fueran los vendedores, corrió hacia ellos pidiendo a gritos desafortados que le devolviesen el objeto.

Se produjo un fuerte escándalo. Ellos negaban con la untuosa y fina sonrisa de la costumbre...

—Nada tenemos, ¡oh, señor!; nosotros vivimos de nuestro honrado trabajo.

Iban ya a salir, cuando Duvier se levantó y fué a su encuentro. Conocía las mañas y subterfugios de estas gentes para quedarse con lo ajeno. Cogió a uno de ellos y le zarandó duramente:

—¡ Tú has robado a ese señor la pitillera... devuélvesela!

—¡ Yo nada tengo, nada sé!...

—¡ Suelta lo robado, ladrón, o te voy a entregar a la justicia!

Luisa le miraba sorprendida, encantada de su rasgo de energía. Y Duvier seguía mirando implacable a los ladrones, hasta que uno de ellos, vencido por aquel brazo que apretaba el suyo, confesó:

—Aquí está la pitillera...

Se la devolvió a Duvier quien, rechazando con violento empujón a los dos ladrones, entregó el objeto robado al señor Harding.

Y los árabes huyeron temerosos de que la policía les echara mano. Por aquella vez les había fallado la combinación.

Harding agradeció a Duvier su generosa intervención. Se saludaron cumplidamente y el arqueólogo se inclinó ante Luisa, mirándola con ojos fijos y penetrantes. ¡Era realmente encantadora!



Duvier volvió a su puesto al lado de sus amigos. Pero durante toda la noche siguió contemplando de lejos la figura de Luisa Harding, tan adorable y juvenil.

¡Lástima que estuviese casada! Si no, él



—¡Suelta lo robado, ladrón!...

era capaz de ir al día siguiente a cortejarla. Pero la presencia de su marido junto a ella, un hombre de edad, le detuvo... ¡Nada de esto! ¡La plaza estaba ocupada!...

Y fumó lentamente un cigarro de El Cairo y en el humo azul vió la imagen de ella...

Y en su mesa Luisa volvía de vez en cuando los ojos al elegante Duvier...

... ..

Pasaron seis meses. El incidente de aquella noche en el café de El Cairo no tuvo resonancia alguna. Duvier no se volvió a ocupar para nada de la señora, preocupado en la resolución de sus investigaciones, y los Harding regresaron a Londres.

Luisa, con la separación y la vida intensa de los viajes, olvidó pronto la imagen de Duvier que le había turbado durante unos días.

Ya en Londres, una rápida enfermedad llevó a la tumba al señor Harding. Y la muerte de su marido libró súbitamente a Luisa del cautiverio de un casamiento de conveniencia.

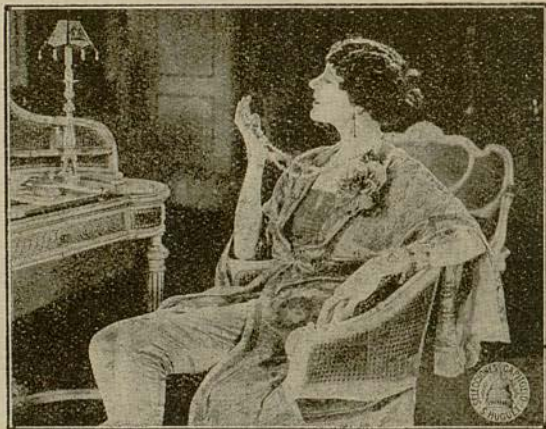
No sintió ella en lo más mínimo la desaparición de Harding, y una tarde fué a casa del notario, acompañada de otros parientes de su marido, a escuchar la lectura del testamento.

Harding nombraba heredera universal de todos sus bienes a Luisa. La dama no pudo ocultar una suave sonrisa, de agradecimiento. Y la parentela del difunto, que esperaba heredar aunque fuese una pequeña cantidad, se sintió disgustada por el testamento y salió de la notaría comentando la ingratitud del difunto.

Luisa volvió a su casa y sentóse ante el tocador. ¡Era feliz! ¡Ahora podría vivir su ver-



dadera vida, dar rienda suelta a sus gustos raros y extravagantes, a sus pasiones mal contenidas! Pero deseosa de ser bien vista en la alta sociedad, quiso ocultar sus ansias de desenfrenado placer para mostrarse una mujer



*Ahora podría vivir su verdadera vida.*

humilde y recogida, atrayéndose la simpatía de las damas de la aristocracia.

Cierta mañana se dirigió a Hide Park, el bello parque inglés, donde las elegantes pasean al sol. Iba Luisa hipócritamente formal, pero encubriendo bajo su capa de seriedad sus poco

sanos instintos. Conocía que para alternar en sociedad, era menester representar a la perfección su papel de mujer respetable.

Aquel día paseaban por los jardines, la señora Edworth y su hija Mary, de acendrados sentimientos religiosos las dos, y que tenían siempre tan abierta la bolsa como el corazón.

Un pobre se acercó a pedir una limosna a la dama, quien le dió un chelín. El mendigo se alejó bendiciendo su nombre.

Mary era una muchacha seriecita, enemiga de ciertos modernismos y especialmente de la exageración de las modas.

Luisa Harding, disfrazada bajo el manto de la caridad, se había hecho amiga de la filantrópica señora Edworth.

Al verla en el parque con su hija, Luisa se acercó a saludarlas.

Ellas, que habían simpatizado desde el primer instante con aquella dama bondadosa, la acogieron cariñosamente.

—Supongo que mañana asistirá usted a la reunión que tengo en casa para organizar actos de caridad—dijo la señora Edworth.

—No faltaré, señora. ¡Mi mejor deseo sería pasarme la vida haciendo el bien!

Su fama de caritativa viuda le abría las puertas de los salones, permitiéndole tratar con la gente más distinguida del país.



Pedro Gilmore, novio de Mary, que paseaba a caballo por el parque, llegóse a saludar a Mary y a la señora Edworth. Fué presentado a Luisa, quien sonrió muy amablemente al arrogante caballero. ¡Cuidado que era buen mozo!

Pedro estuvo solo breves momentos con la señora, para partir otra vez a galope por las extensas avenidas del parque.

Luisa se despidió también de las Edworth, quienes la recomendaron de nuevo no faltase a la reunión.

Luisa asistió varios domingos a sucesivas reuniones. Iba relacionándose con lo más selecto de la sociedad británica. La viuda, que en tiempos de su marido había vivido casi siempre apartada de Inglaterra, ahora se enorgullecía con ésas nuevas amistades que iban abriéndole su confianza y su estimación.

Pedro Gilmore, un muchacho apasionado, simpático, que iba pronto a casarse con Mary, asistía igualmente a todos los actos que se celebraban en casa de su novia. Pasaba las tardes junto a su amada, pero sin conocer el motivo se veía a veces molestado por la mirada sostenida de la viuda de Harding que le contemplaba con extraña curiosidad.

Las visitas de Luisa a aquella casa eran muy

frecuentes, pero el objeto que las motivaba era muy distinto del que suponía la señora Edworth, entregada a sus aspiraciones de caridad pública.

—Yo sólo quería que hubiese muchas da-



*Pedro Gilmore, un muchacho apasionado...*

mas como usted, Luisa—le decía la dueña de la casa—; entonces el éxito de nuestros festivales benéficos sería seguro y concluyente.

A la reunión asistían algunas íntimas amistades de la señora Edworth, y también su sobrina, Norma Helmsley, una encantadora mu-



chacha que dedicaba a su tía todas las tardes de los días festivos.

Hacia algunas semanas que Luisa había tendido sus sutiles redes al novio de Mary.

Al verle por primera vez en el parque, se enamoró con todo el fuego de su temperamento de él. Su corazón palpitó repentinamente con ansias de amor. Luego, en los días sucesivos de reuniones, la pasión por el mozo brilló en la luz fuerte de su mirada.

¿Qué le importaba a ella que Pedro fuese el novio de Mary? Mujer sin escrúpulos, no conocía otra ley que su capricho. Aquel hombre, que se había formado también en el seno de severidad de la familia de los Edworth, le gustaba y se propuso cazarle entre sus uñas afiladas de felina.

Cierta tarde en que estuvieron hablando de muchos actos de caridad, cuando Luisa se levantó para despedirse, la señora Edworth dijo a su amiga:

—Hemos acabado la reunión muy tarde, querida. Pedro la acompañará hasta su casa.

—¡Encantada!

Pedro con un gesto de resignación salió con Luisa de la salita. Con su fino instinto de hombre culto, había adivinado que aquella amiga de la señora Edworth se ocupaba demasiado de él. Muchas veces Luisa se sentaba a su lado

para tomar el té y al levantar los ojos veía los de ella clavados, fascinadores, en sus pupilas. Y acabó por convencerse de que aquella dama, recatada y apacible a primera vista, sentía por él una verdadera pasión...

El muchacho acompañó a Luisa hasta la puerta de su casa y allí, como ella le invitara a subir al coche, se excusó:

—Perdone que no la acompañe. Mary se pondría celosa y... es mejor para usted y para mí que no vayamos juntos... ¡es usted demasiado atractiva!

—¿Yo? ¡Vamos, Pedro!... ¿Una pobre viuda insignificante?

Y al propio tiempo que hablaba con esta humildad, sus ojos le devoraban con una languidez amorosa y sus labios se abrían frescos y rojos.

—¡Oh, demasiado sabe usted lo bonita que es!

Inclinóse él con ademán gentil, y volvió a la casa. Y Luisa, despechada, nerviosa, subió a su coche. Por él camino no pudo menos de sonreír viendo que las cosas iban por buen camino. Pedro la temía, empezaba a interesarse por ella. ¡Aquel muchacho caería al fin bajo sus seducciones de diablesa!

Pedro volvió malhumorado al lado de Mary. El quería a su novia con todo su corazón. Pero



las atenciones exquisitas de la viuda, las seducciones y las miradas de Luisa, le daban miedo. ¡Tenía aquella mujer unos ojos que miraban de una manera!...

Pasaron unos días. Y una noche en que se terminó muy tarde una de las cotidianas reuniones, Luisa logró que Pedro la acompañara.

—Vamos—le dijo ante el automóvil—. ¿Me va usted a hacer creer que le doy miedo? Si hoy no me acompaña lo consideraré como un desdén.

—¡Oh, no, señora!—dijo él, disgustado—. Ya que se empeña... ¡iré con usted!

En el mullido recinto del coche, Pedro tenía el pensamiento apartado de allí, soñando con Mary y deseando dejar cuanto antes a aquella cariñosa viuda. Luisa, hablándole tiernamente, parecía querer envolverle con toda la fuerza de la seducción.

Cuando llegaron a la magnífica casa que ella habitaba, Pedro quiso despedirse.

—Toda vez que está usted aquí, aceptará que le invite a tomar algo.

—Es excesivamente tarde... No puedo, señora...

—Supongo que no me hará usted creer que tiene prisa... Sólo una copita de licor.

Le miró con ojos llenos de esperanza, de una promesa misteriosa. Pedro era noble, fiel a Mary... pero conocía lo peligrosa que era la compañía de una mujer del encanto malsano de Luisa.

Insistió aún en su negativa, pero ella le rogó:

—Le creía a usted incapaz de un desaire así a una dama. Buenas noches, señor.

—Si lo toma usted de esta manera... subiré entonces.

Entraron en la casa, salones magníficos, de delicada intimidad, envueltos en un perfume voluptuoso.

Bebieron unas copitas de licor.

—¿Qué le parece a usted mi nido? —dijo Luisa.

—Encantador —murmuró él, turbado.

—Sí, no está mal del todo. Pero me encuentro tan sola en él, sin una compañía, sin un amigo... Cuando recibo alguna visita grata como ahora la de usted, quisiera que se prolongara largo tiempo.

—Sin embargo, no faltan a usted amistades...

—Es cierto, ¡pero el alma necesita tantas cosas! Si usted supiera, hay en mí un extraño anhelo, no logro adivinar qué es... Mi juventud ha sido tan triste...

Y con un dejo melancólico habló de su vida al lado del señor Harding, un viejo reumático que nunca se cuidó de ella.

—Usted es joven y conoce lo hermosa que es la felicidad; pues yo no la he gozado nunca, nunca... y tal vez viva siempre sin ella.

Se había acercado a él, sentándose a su lado,



y Pedro se sentía saturado de su aliento penetrante.

—Y todos me abandonan... todos... ¿qué tendré yo que ahuyento al amor?—dijo de pronto.

Y sus labios casi tocaron los de él en una imploración extraña. Pedro se levantó rápidamente. Una lucha interior se sostenía en su alma. De un lado aquella mujer insinuante y graciosa; del otro, el cumplimiento de su deber, su amor por Mary.

—Señora, todo esto es muy interesante, pero yo tengo que marcharme ya. Créame, no piense en tales cosas... Toda la dicha que usted ansía la puede hallar si la busca de veras. ¡Adiós, señora!

—¡Usted es como todos! Buscar la dicha. ¿Y dónde? ¿Es que la conoce usted mejor que yo?

El no respondió, fatigado por la conversación. Se ahogaba, deseaba huir de aquella atmósfera de harem.

—Espere un instante, Pedro, vuelvo en seguida con usted...

Desapareció, dejando al joven impaciente.

Pasaron unos minutos y ella no volvió... Pedro consultaba con frecuencia su reloj. ¡Tan tarde ya!

Escuchó pasos, lentos y suaves. Volvióse y

vió avanzar por la estancia contigua a Luisa Harding,... pero convertida en otra mujer... Iba con un vestido de seda ceñido, que dejaba modelar las líneas soberanas de su cuerpo. Como una imagen de seducción adelantaba esparciendo el perfume fuerte de una esencia misteriosa.

El la miró con sorpresa, pareciéndole distinta de antes. En sus ojos había un brillo nuevo, sus labios de corazón se abrían como si implorasen una caricia. Sintió Pedro una sacudida en el fondo de su alma... ¡Maravillosa mujer!

—Pedro, ¡no se vaya usted!—murmuró ella, dejándose caer lánguidamente sobre un diván—. Acérquese, amigo mío...

—Pero, señora...

Y en su alma aumentaba la batalla. Mas ya iba disminuyendo el recuerdo de Mary, su existencia de novio digno y honrado, para sentir la fuerza imperiosa de la seducción.

—¡Adiós, señora... ya nos veremos otro día!—gimió—. ¡Adiós!...

—No se marche... Es usted tan interesante—murmuraba ella—. Hay en usted algo tan distinto de las demás gentes... ¿Tan poca cosa valgo yo?

—Adiós,.... no puedo quedarme... usted debe conocer por qué...



Caminó rápidamente hacia la puerta, vaciló aún unos pasos. ¡Ah, el poder de la pasión!

Luisa le llamó:

—Pedro, ¡yo que le consideraba a usted tan bueno para mí!... ¿Nada significo para usted entonces? ¡Pedro, acérquese, no tema!

Perdido ya el último recuerdo de Mary, seducido por el poder arrebatador de aquella mujer, Pedro volvió sobre sus pasos, se acercó a Luisa.

—Pedro—dijo ella con una mirada insinuante—. Déjame decírtelo... no he querido a ningún hombre hasta ahora,... pero tú... no sé por qué te... quiero, Pedro, me gustas.

Sus brazos abarcaron el talle de él y Pedro murmuró, enloquecido de pasión:

—Señora, yo he de decirle...

Un beso de la diablesa le hizo guardar silencio...



Era al amanecer cuando Pedro Gilmore salía de casa de Luisa. Un sentimiento nuevo vivía en él. Había caído bajo el poder de aquella linda criatura, y no se escaparía ya...

A la otra mañana volvió a casa de Mary. Se sentía avergonzado contra sí mismo por haber cedido, después de una defensa heroica, a los encantos perversos de Luisa; pero, ¡ay, el amor

es una pendiente! Se deja uno caer por ella... y hasta abajo, hacia el fondo.

Ahora al encontrarse en el jardín con Mary, la pura y santa criatura, ingenua como las vírgenes de los altares, sintió la humillación, la vergüenza de su pecado. Pero al propio tiempo comprendió que los lazos que le unían a la otra tenían un eterno poder.

Paseaban por el jardín:

—¿Estás preocupado, Pedro? ¿Qué te pasa?—preguntó Mary.

—Nada. Asuntos de negocio... esto es todo.

—¿No me los quieres contar? Explicame... tal vez yo pueda aconsejarte bien.

—¿Tú?—dijo él con una sonrisa amarga—. ¡Pobre niña! ¿Qué sabes del mundo?

—Pero te conozco a ti bien... Anda, cuéntame.

—Vaya, chiquilla, no tiene la menor importancia. Un mal negocio, nada... lo arreglaremos. No te preocupes...

Y se despidió de su novia procurando hacer invisible el batallar de su corazón.

Aquella noche, Pedro volvió a casa de Luisa. Y así, durante unas semanas, sirviendo de juguete a la diablesa, entretenida con este amor poderoso y juvenil, sin pensar en que Pedro estaba comprometido.

Luisa con su exquisito arte de disimulo, no



quiso romper con los Edworth. Y siguió frecuentando su casa. Y las noches de reunión eran un suplicio para Pedro que debía permanecer al lado de Mary, mientras todo su pensamiento, su mirada, todo iba hacia Luisa que hablaba tranquilamente con la señora Edworth y con Norma.

Pero al cabo de pocas semanas el triángulo se transformó en un cuadro. Una noche en que Luisa se encontraba en casa de la señora Edworth, llegó a sus salones un nuevo personaje.

Fué saludando a todos con una sonrisa tranquila.

La señora Edworth lo presentó a Luisa.

—El señor Jimmy Duvier... la señora viuda de Harding.

Luisa abrió con asombro los ojos y le reconoció inmediatamente. ¡El señor Duvier, el que había recuperado la pitillera de su marido en un cafetín egipcio!

—El señor Duvier es un buen amigo de la casa—dijo la señora Edworth—; cada vez que regresa de Egipto, me trae un montón de curiosidades para vender y aplicar su producto a limosnas.

Duvier y Luisa se miraron, con curiosidad, y él pareció no reconocerla al principio...

—¿No se acuerda usted de mí?—dijo Lui-

sa—. ¿No recuerda que nos encontramos una vez en El Cairo en circunstancias un poco novelescas?

El arqueólogo la reconoció en el acto. ¡Extraña casualidad!

—¡Oh, es verdad! ¿Cómo olvidarme de usted... de su belleza?—dijo.

—Hasta hoy no se me presenta la oportunidad de darle a usted personalmente las gracias. Han pasado tantas cosas desde entonces. ¡Mi marido murió!

—Mi pésame, señora...

Se había sentado a su lado, e interesado repentinamente por aquella mujer que ahora era libre, le acariciaba con suavidad una mano.

Pedro escuchaba, inquieto, la conversación. Celoso como todo enamorado, veía repentinamente surgir ante él un hombre que había conocido en otro tiempo a Luisa. Y ya lo consideró como un rival, como un enemigo al que de buena gana hubiera puesto en la calle.

Luisa y Jimmy hablaban ahora bajito y reían como si recordasen algo muy gracioso. Los celos surgían poderosos en el alma de Pedro. Lanzó una mirada penetrante y altiva a su amante, pero ésta le contempló con una frialdad desconocida y siguió hablando con el arqueólogo.

En realidad, la presencia de Jimmy había causado profunda impresión a Luisa. Y una



nueva y súbita pasión, cuyo primer chispazo prendió en Egipto, empezó a arder con fuerza en el inconstante corazón de la caprichosa.

A Jimmy, hombre de mundo, no le pareció del todo desagradable aquella mujer. Y cuando él se levantó para marcharse, Luisa hizo lo propio.

Y salieron los dos, después de mirar sonriente Luisa a Pedro. Este, únicamente por respeto a aquella casa que no era suya, no se lanzó contra Jimmy. ¿A qué aquella repentina intimidad entre éste y Luisa?

Jimmy y Luisa llegaron a la calle.

—Tengo mi coche a su disposición — dijo la viuda—. Si quiere que le conduzca a alguna parte.

—Oh, sentiría molestarle, pero ya que es usted tan amable... podríamos pasar por mi casa.

Y subieron al automóvil que marchó veloz por las calles iluminadas.

—Parece providencial — dijo él—. Acabo de llegar a Londres y es usted una de las primeras personas con quien hablo. A usted que la vi tan lejos, tan lejos.

—¿Se acordó usted alguna vez de mí? — preguntó ella, tiernamente.

—Mucho, pero usted era casada... y yo... no gusto de lances — dijo riendo—. Ahora

puedo decirle sinceramente lo que pienso de usted: es encantadora.

—No me diga esto — exclamó ella.

Y sus ojos reidores, llenos de pasión, y sus labios entreabiertos, parecían afirmar todo lo contrario.

—Es la verdad... se lo aseguro... ¡Ah, usted es viuda! Pero, ¿no habrá ya algún enamorado que haya abierto brecha en ese corazón?

Luisa se mordió los labios. Lentamente, perezosamente, por su imaginación, pasó la figura de Pedro... Y ese muchacho del que aún conservaba la huella de los besos, le pareció, de pronto, comparado con Jimmy, algo deleznable e insignificante.

—No, nadie...

Habían llegado al domicilio de Jimmy y éste se apeó después de dar las gracias muy rendidas a Luisa.

—Ya nos veremos algún día, ¿verdad? — preguntó él.

—Sí... sí... vivo tan sola...

Y diciéndole adiós, marchó en su automóvil. Luisa se dijo que en su alma acababa de florecer por primera vez el verdadero amor. Aquel hombre que tenía en los ojos la huella de sus largos y extensos viajes por el mundo, le interesaba enormemente. ¡Ah, si cuando le



vió aquella vez en el cafetín de el Cairo se le entró ya en el corazón!

Lo comparó mentalmente con Pedro y este muchacho que había sido hasta unas horas



*...el padre de Norma, un sujeto bondadoso y simpático.*

antes su capricho de diablesa, de cortesana, le pareció ridículo comparado con Jimmy Duvier.

Mientras tanto, proseguía la reunión en casa de la señora Edworth. Había llegado el padre de Norma, un sujeto bondadoso y simpático.

La reunión transcurría deliciosamente. El padre de Norma sentado en medio de su hija y de Mary se mostraba complacido de la fiesta. Su hermana, la señora Edworth, tenía un gusto exquisito en todo.

La señora Edworth acababa de despedir a sus últimas amigas. Norma se levantó y viendo a Pedro que parecía malhumorado en un rincón, pensó que algún disgustillo había ocurrido entre los novios. Salió alegremente con su padre y su tía para que quedasen solos los dos jóvenes y pudiesen reconciliarse.

Norma era una muchacha encantadora que adoraba con amor de hermana a Mary.

Ya los dos frente a frente, Mary dijo a su novio:

—No te comprendo, Pedro. Hace una temporada que tienes un humor desesperante. Esta misma noche has estado insufrible, casi incorrecto conmigo. ¿Me quieres decir de una vez qué es lo que te pasa?

—¿Y tú quieres hacer el favor de no importunarme? — protestó él sintiéndose aún devorado por los celos.

—Si me he de casar contigo, tengo derecho a conocer tus secretos... que deben ser los míos.

—Acabemos, nada me pasa, y no me molestes más.



—¿Crees que no leo en tus ojos, Pedro? Pues yo sé que tienes alguna amarga preocupación, algo muy doloroso, y me ofendes al no querer confiarte a mí.

—Te estás poniendo irresistible, Mary.

—Quiero que me cuentes...



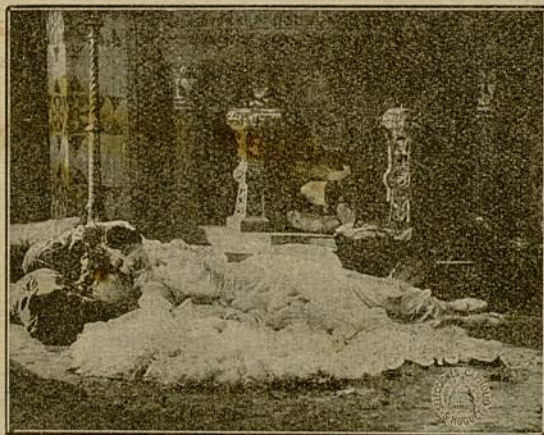
*...sentado en medio de su hija y de Mary...*

—Estoy cansado de repetírtelo... No tengo absolutamente nada. ¿Lo quieres más claro?

Calló un instante, mientras Mary le miraba con una sombra de duda. Por primera vez en su alma se alzaban los fantasmas de la in-

certidumbre. ¡Ah, Pedro parecía haber cambiado!

Pedro se despidió fríamente de su novia y marchó en dirección a la casa de Luisa. Exi-



*...dejóse caer indiferente en un diván.*

giría inmediatamente una explicación por su conducta de aquella noche.

Luisa se encontraba ya en su casa y ante el tocador sonreía pensando en Jimmy Duvier... La viuda, coqueta eterna, diablesa enloquecedora, iba ya hacia el nuevo capricho de su vida.



Pedro llegó a la casa. Entró enfurecido, rabioso, con ansias de pegar. Pero al ver el semblante tranquilo de Luisa, sintió desvanecerse su rencor para vivir únicamente por la gran pasión.

La besó ardorosamente. Pero ella, jugando con un largo collar entre sus dedos, dejóse caer, indiferente, en un diván, sin corresponder al beso de su amante.

—¡Luisa... mi Luisa!

Loco de pasión, quiso besarla otra vez, pero ella le rechazó bruscamente.

—¡No me toques... estoy cansada!

Pedro la miró sorprendido, rojo de indignación.

—¿A qué viene esa indiferencia? — preguntó—. ¿Es que en El Cairo nació algún amor? Necesito que me lo digas, quiero saberlo todo...

—No me preguntes nada...

—Es que yo tengo derecho a saber de ti, ¿entiendes? Ya ves si te quiero, que he roto casi casi con Mary, para poder solicitar honorablemente tu mano delante de todo el mundo.

Ella se irguió, arrogante, exaltada.

—¿Estás loco? — dijo—. Bien sabes que nunca se ha hablado de casamiento entre nosotros.

—Necesito esta boda como garantía para mí... eres demasiado bonita para que seas libre. Luisa, debes casarte conmigo. Sin ti no puedo vivir.

Paseaba a grandes zancadas por el "boudoir" pareciéndole imposible la indiferencia de ella. Pero, ¿es que las cosas del mundo estaban trastornadas? Si la última noche todavía Luisa se había mostrado tan dulce... ¿a qué venía, pues, ahora aquel extraño desdén?

Luisa, en cuyo corazón acababa de apagarse repentinamente la pasión que sentía por Pedro, daba muestras de verdadera impaciencia. Con el tacón golpeaba nerviosamente el suelo.

El, enardecido, furioso, gritó:

—Dime quien es este Jimmy Duvier, qué tiene que ver contigo.

—¿Para qué quieres saber? Es un amigo, nada más... Me desagrada tu modo brusco de proceder, Pedro.

—¿Es que no sabes que te amo? ¿No lo sabes bien, aún?

Y fué al diván y la derribó sobre él, y quiso juntar sus labios a los suyos, pidiéndole un beso de amor...

Las manos de Luisa, rígidas y repelentes, le contuvieron.



—No me toques, loco...

—Sólo quiero saber una palabra. ¿Te casarás conmigo?

—¡Basta ya! No tengo la menor intención de casarme.

—¿Es que no tienes vergüenza?

La zarandeo brutalmente con sus manos engarfiadas por el odio.

—¡Vete de aquí... sal!

—Luisa — gimió él, arrepentido de su fiera— ¿Quieres escucharme? Yo te amo demasiado para perderte; dime que me quieres...

Ella lanzó una carcajada trágica.

—No te rías, maldita, no te rías...

La engarfió por el cuello y la obligó a caer a tierra, de rodillas, ante él.

—Así... así...

La viuda pudo desasirse finalmente de Pedro y fué a cerrar la puerta que comunicaba con las restantes habitaciones.

—Loco, loco. ¿Qué pensarán de mí los criados? Márchate. Después de lo que acaba de suceder, es mejor que no nos veamos nunca...

—Pues si no te casas conmigo tampoco te casarás con otro, con el otro. Porque lo adivino: de todo lo que pasa, de tu extraña manera de ser, tiene la culpa él. ¡Ah, misera-

Pedro, fué recibida con el afecto de siempre.

Mary se hallaba en un rincón, deseosa de soledad y de quietud. Así permanecía siempre. En vano, su prima Norma procuraba consolarla, queriendo llevar a su alma el convencimiento de que era inútil llorar...

Aquella tarde, Norma decía a la señora Harding mientras tomaba el te:

—Si usted pudiera distraer a Mary... Tal vez ella entonces tendría un poco más de interés en vivir...

Luisa meditó unos instantes. Le convenía proseguir sus buenas relaciones con aquella familia que le permitían alternar con todo lo mejorcito de la sociedad londinense. Y como al fin y al cabo no sentía ella el menor odio por Mary, propuso a su prima:

—Tomaré a Mary para colaboradora de mis obras benéficas para que se distraiga. Precisamente quiero organizar ahora varias fiestas de caridad. ¿Le parece bien?

—¡Qué buena es usted, señora Harding! ¡Quién tuviera su corazón!

Luisa sonrió irónicamente. ¡Ah, la ingenua! La señora Edworth, que había ido a hacer compañía a Mary, volvió al lado de Luisa y manifestó su alegría al comunicarle ésta su determinación. Sí, sí; tal vez Mary encontraría al lado de tan buena amiga el



consuelo a su tristeza. Que desgracia ¿no? ¡Morir aquel muchacho en plena juventud y de tal modo!...

Luisa deslizó la conversación hacia otros derroteros no queriendo que se hablara más de su amante. Antes de despedirse habló con Mary y quedaron convenidos en que la jovencita iría al día siguiente a su casa, a trabajar.

Mary accedió de buen grado a aquella generosa colaboración. Le convenía ocuparse en algo, distraer su imaginación torturada por pensamientos sombríos.

La viuda regresó a su hogar. Nadie se enteraría nunca de sus relaciones con Pedro que no habían sido más que un pasatiempo de caprichosa, sin dejar un rastro en su corazón. Otro hombre le tenía, en cambio, robada el alma.

Durante aquellos días Luisa había procurado hacerse la encontradiza con Jimmy Duvier que parecía rehuir su compañía. Y la diablesa, enamorada de veras por primera vez, aquella misma noche le envió una carta que decía así:

*Querido señor Duvier:*

*Tengo una colección de objetos egipcios y desearía que usted los viese y dictaminase acerca de su autenticidad.*

*Agradeciéndole de antemano el favor que solicito y esperando su grata visita queda su afectísima amiga.*

*Luisa Harding.*

Cuando al siguiente día, estando aún en su lecho, leyó Jimmy la carta anterior, se echó a reír. ¡Ah, las mujeres! Y acariciando a su perro, dijo:

—Tengo tan buen olfato como tú, para oler que esa mujer pretende mis favores... y que lo de las antigüedades es un pretexto.

Jimmy no había sentido entonces la curiosidad de ser amado por la viuda. Ciertamente que Luisa era una mujer encantadora, que allá en Egipto hizo latir una noche su corazón y que luego al volverla a encontrar no le había resultado desagradable. ¡Pero complicar la vida con el amor de una mujer apasionada como parecía la viuda Harding! No, no...

Sin embargo, la cortesía le obligaba a visitar a Luisa. Y fué aquella misma tarde a su casa, y la bella mujer, que se había engalanado y perfumado para alcanzar su victoria, le mostró los objetos egipcios, pretexto de su visita.

El los examinó ligeramente y dijo:

—Señora mía, esto es falsificado.



—¿Está usted seguro? Lo afirma muy rotundamente — contestó ella.

—Los expertos, los peritos, conocen en seguida las falsificaciones...

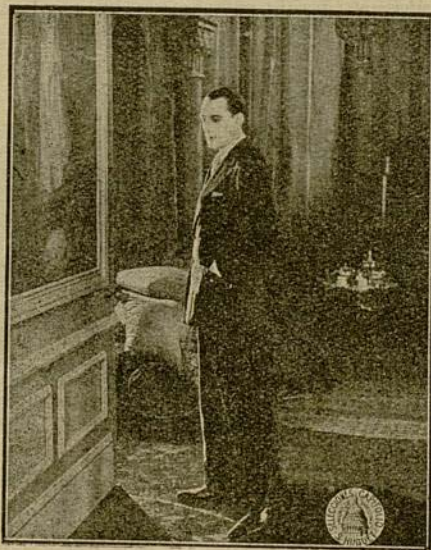
—Pues los compré en Egipto como buenos — dijo Luisa que los había adquirido



—Señora mía, esto es falsificado...

poco antes en una tienda de Londres—. Pero, en fin, me alegro de que éste haya sido un motivo para que pudiese verle en mi casa... ¿Tomaremos una taza de te? ¿Quiere pasar?

Entraron en una salita íntima, llena de divanes que daban a la estancia un ambiente de harem. Jimmy fué siguiendo con la



*Jimmy, olvidando sus anteriores reservas...*

mirada los movimientos graciosos y felinos de aquella mujer que tenía en su porte un abandono voluptuoso,



Era hermosa, ¡qué diablo! Hermosa como la tentación, llena de seducciones incomparables... Y Jimmy, olvidando sus anteriores



*...tal vez no hubiese tenido que aceptar su invitación.*

reservas, la frialdad con que en su casa la había considerado aquel día, se dijo que Luisa era una mujer sencillamente maravillosa.

Jimmy se sentó y ella, con un ademán íntimo y cordial, se acurrucó a sus pies.

—¡Cuánto cerebro que haya usted venido! No tengo afectos de ningún género... y a usted lo considero un buen amigo... He



*...la alzó en brazos...*

hablado con usted tan poco... pero en cambio, he pensado tanto en usted...

Sus ojos se clavaban en él queriendo transmitirle toda su ardiente luz.

—Señora — dijo turbado Jimmy—, tal vez no hubiese tenido que aceptar su invitación... es usted tan adorable...



—¡Jimmy!... ¡Jimmy!

El, de pronto la alzó en brazos, la tuvo un momento en ellos y luego la depositó con cierto desdén sobre el diván...

—Jimmy — murmuró la diablesa—, vuélvame usted a decir lo que le he oído... Se lo confieso... yo nunca he tenido amor... nadie me ha querido nunca...

Pero el egiptólogo hubiera deseado huir, librarse de aquellos brazos que iban a estrechar los suyos. Mas ya no pudo. Ella asió el collar, el hermoso collar que tenía en su garganta, y levantándose a la altura de la cabeza de Jimmy, lo puso sobre el cuello de él.

—¡Oh, Jimmy... desde aquella noche en Egipto... he soñado con que fuera usted mío alguna vez!

Le besó con fuego.

Y cerrando los ojos, Jimmy se sintió sofocado por el beso amoroso de ella...

Pasó el tiempo. Luego, Jimmy abandonó la casa, no sin que Luisa, radiante por la nueva conquista de su capricho, le entregara el llavín de la casa. Hasta la noche, ¿eh? Que no faltase. Ya no podría vivir sin él. A Jimmy le amaba mucho más que había querido a Pedro; le unía a este hombre una terrible pasión.

Al salir, frente a la puerta, se encontró Jimmy a Mary que iba a ponerse a las órdenes de Luisa.

Mary se sorprendió al verle en aquella casa. Era extraño, ¿no? Pero el arqueólogo, comprendiendo la extrañeza de la joven, aclaró:

—Me llamó la señora Harding para examinar unos objetos egipcios...

Mary creyó de veras estas palabras y explicó a su vez:

—Pues yo voy a verla para ayudarla en la organización de sus obras de beneficencia.

—Es usted la misma bondad...

—Trabajaré para olvidar... ¡usted ya sabe!

—¡Pobre Mary!

Le dió la mano nerviosamente no queriendo prolongar la entrevista. ¿Para qué recordar otra vez al desgraciado Pedro?

Mary entró en la casa. Luisa le recibió muy cordialmente y las dos fueron a la biblioteca a comenzar sus trabajos de fiestas de caridad. Mary se sentía poseída de gran confianza hacia Luisa... Parecía tan bondadosa en todo...

Pasaron unos días, durante los cuales Jimmy visitó todas las noches a su amante. Pero al contrario de Pedro, no perdía nunca



la seriedad y aquel idilio amoroso era sencillamente superficial... El día que se cansase de Luisa, la abandonaría sin contemplaciones y sin derramarse una lágrima.

Algunos días después se celebró la primera de las reuniones benéficas de Luisa Harding. Asistió una elegante concurrencia, lo que llenó de inmensa vanidad a Luisa.

Se hallaba también la señora Edworth, su hermano, su hija Mary y su sobrina Norma.

Mary, colaboradora en la benéfica obra de Luisa, hacía de secretaria de la organización.

Luisa explicó el objeto de la reunión. Iba a construirse en breve un hospital y era menester allegar fondos para ello. Luisa y Mary se encargarían de recoger las suscripciones para aquella obra tan hermosa... Se explicaba la viuda con una falsedad rayana en el cinismo, haciendo servir sus obras de caridad para ocultar su conducta de continuo escándalo.

Todos admiraban a Luisa y a Mary. Unicamente Jimmy se reía irónicamente. ¡Cuánta mentira!

Algunos se suscribieron para atender a la generosa obra y Mary apuntó los nombres de los donantes.

El padre de Norma dijo a Luisa:

—Yo me suscribo por cinco mil libras. Póngalas a nombre de mi hija...

Luisa le sonrió y apuntó en la lista.

—¿Quién es ese hombre extraordinario... con más dinero del que tienen los hombres? — preguntó Jimmy a Norma que estaba a su lado.

—Es mi padre...

Ella le presentó y Jimmy dijo:

—Ya tenía el honor de conocer a su hija.

Comenzaron a hablar y pronto simpatizaron mucho. Al cabo de un rato, el padre de Norma dijo a Jimmy:

—Nosotros nos vamos ya... ¿quiere usted venir un rato a casa a tomar el te con nosotros?

—Sí, venga señor Duvier — dijo Norma, mirándole dulcemente.

Jimmy sintió ante esta mirada de la joven una sensación nueva, extraña en él... una emoción de bienestar.

Dudó sobre si debía aceptar o no aquella invitación, pero viendo que Luisa no se hallaba en la sala, decidió acceder.

—Les acompañaré con mucho gusto...

Salieron con la señora Edworth. Mary les dijo que iría también pronto a casa. Y como la casa estaba llena de gente, el señor



Hemsley rogó a su sobrina le despidiese personalmente de Luisa.

Cuando la viuda regresó al salón se encontró sorprendida al ver que no estaba Jimmy. Preguntó a un criado.

—El señor Duvier salió con la señora Edworth y la señorita Norma — informó éste.

Los celos rugieron en su alma. Ya durante la reunión había notado con disgusto que Jimmy hablaba más de la cuenta con Norma... ¿Y no era muy sospechosa aquella extraña ausencia?...

Y el resto de la velada lo pasó triste, pensando en él.

Jimmy se divirtió de lo lindo con aquella familia honrada. Alejado de la atmósfera ardiente de Luisa, aquel hogar de paz le parecía un paraíso...

Se tomó el te, se habló mucho de viajes y de países lejanos, y luego Norma tocó el piano y cantó también a instancias de su padre.

Tenía una voz rica, plena, hermosa... y Jimmy, aislado de todo otro pensamiento, contempló a Norma con emoción. ¡Qué hermosa era! En un instante adivinaba en ella todas las perfecciones posibles. Era además un espíritu artista, una mujer ingenua que por contraste con la otra, con Luisa, sin

otro poder que la belleza, le parecía aún más encantadora.

Luego, más tarde, llegó Mary quien se mostraba alegre por su trabajo.

Jimmy se sentía lleno de paz... se iba prolongando amistosamente la velada... Los Hemsley, encantados por la simpatía de su distinguido amigo, le invitaron a cenar, y el arqueólogo pasó allí las horas más agradables de su vida.

La señora Edworth tocó el piano y Jimmy, sonriente, invitó a bailar a Norma.

Ella se excusó con una risa adorable:

—Pregunte usted a mi padre qué opina acerca del baile — dijo.

—¡Es una invención del diablo para traer las almas al infierno! — respondió el señor Hemsley.

—Y usted, ¿qué opina, Norma? — dijo Jimmy, riendo.

—Yo quiero mucho a mi padre y pienso siempre como él...

—Los jóvenes pueden divertirse honestamente — añadió el señor Hemsley—, ¿Cantemos "Se acabaron las trenzas"?

Y todos juntos entonaron una alegre canción muy en boga:

*Muchas cortan sus cabellos  
como el chico del colma-a-dó-oo.*



Jimmy cantó, contagiado con la dulce alegría de aquel hogar.

Mary cantaba también, pero sin arrancarse la mueca de pena que tenía...

Y así fueron pasando las horas sin que Jimmy se acordara de que Luisa la estaría esperando con impaciencia.

Así era. Luisa aparecía disgustada, consultando su calendario de notas en el que estaban escritas varias anotaciones.

Esta noche Jimmy volverá... — decía una hoja.

Revolvió los días ya pasados y se fijó en esta otra anotación:

*Pedro me implora que me case con él. ¡Qué estúpido!*

Dejó nerviosamente el "block"... El reloj marcando lentamente el tiempo... Las diez... las once... las doce... ¡Y él sin venir!

Y cuando ya no tuvo esperanza de que viniera, empezó a llorar, con lágrimas de verdadero amor... Ella quería a Jimmy como no había querido ni a su marido... ni a Pedro... Y él la abandonaba. ¿Por quién? Ah, ¿no había marchado con Norma?...

Y atormentada por su pasión, reflexionaba que si pudiese lograr que se casase con ella, tendría a Jimmy seguro, sin que mujer

alguna pudiera arrebatárselo. Sí, sí, era necesario...

\*\*

Al día siguiente, muy de mañana, Jimmy Duvier estuvo en casa de Norma. Vagó por el jardín y escondido tras unos parterres tiró una flor a Norma que paseaba tranquilamente y salió a su encuentro con la sonrisa en los labios.

—¡Caramba! — dijo Norma, alegremente, pues sentía también un sentimiento amoroso por Jimmy... — ¿a qué debo su visita tan de mañana?...

—Creo que anoche olvidé mi pipa aquí... y venía por ella.

—¡Pero si no fumó usted !

El se echó a reír.

—Vamos, vamos. ¿Es que sólo se trata de un pretexto— dijo Norma.

—Tal vez... ¡Es tan interesante su compañía!...

Quedaron en silencio los dos. Ella, dijo mostrando la flor que le había regalado Jimmy:

—Hermosa flor, ¿verdad?

—Más hermosa y fragante es usted.

—¡Doy un penique por sus pensamientos! — dijo la muchacha.



—Mis pensamientos no tienen ningún valor...

—Eso depende de lo que esté usted pensando — dijo ella, insinuante.

—Precisamente por esto. A veces se pien-



—...¡Es tan interesante su compañía!

sa en cosas que nada valen y brillan mucho y en, cambio hay otras que pasan desapercibidas, porque se recatan y son inestimables.

Paseaban por el jardín y Jimmy iba adueñándose poco a poco del corazón de Norma.

ma. Pero Jimmy sentía por ella un amor honrado, puro, sin mancilla; no la torpe pasión que le había unido a la otra.

—Esa flor de tanta estima, es usted, Norma... — le dijo, apasionadamente.

—¡Jimmy!

Mary les había visto desde lejos ir muy juntos... y sonrió. Había observado el día anterior la súbita inclinación que Jimmy experimentaba hacia Norma.

El señor Hemsley descubrió también a la pareja y quedó mirándoles con extrañeza. Parecía que iban a besarse...

Pero los dos jóvenes, al verle, fueron a su encuentro. ¿Por aquí tan de mañana? Aquel hombre de severos principios morales quería una inmediata explicación.

Norma, sonriente, se fué, y Jimmy explicó entonces al señor Hemsley sus sentimientos. Nada de tonterías. El era un hombre honrado y amaba a Norma.

—Yo quiero tratarla más, quiero que ella me trate, y si logro hacerme querer de su hija, yo entonces tendré el honor de pedirle su mano.

El viejo le riñó ligeramente pero complacido. Cuidado, ¿eh? A veces el corazón nos engaña y no se puede jugar con el alma de la mujer...



Jimmy hizo protestas de sinceridad y afecto y marchó contento de no haber perdido el día.

En realidad parecía otro hombre. La velada pasada con Norma había transformado de tal manera su vida que estaba dispuesto a reñir con Luisa y a convertirse en un adorador fiel de la jovencita. ¡Era ésta tan humilde, tan buena! A su lado le felicidad no debería acabarse nunca.

Norma fué a contar a su prima la declaración de Jimmy y las dos mujeres hablaron con la confianza dulce de la intimidad.

Aquella tarde Mary volvió a casa de Luisa. Esta le dijo amablemente:

—Estaba escribiendo un discurso para pronunciarlo en una fiesta benéfica. Usted lo hará mejor... ¿quiere redactármelo?...

—Perderá usted en el cambio, pero se lo haré — dijo Mary.

Luisa salió del despacho y la muchacha fué a uno de los estantes a buscar un libro. Al coger el que necesitaba cayó otro al suelo. Era un libro de versos. Mary lo recogió y quedó asombrada al reconocer en él este escrito hecho en una de sus páginas:

*Luisa, mujer... eterna Dalila.*

*Pedro.*

¡Oh, sensacional descubrimiento! La pobre muchacha tuvo que sostenerse contra la mesa para no caer. Siguió hojeando febrilmente algunas páginas y leyó estremecida por el asombro:

*Luisa, mi amor, el sueño de mi vida.*

*Pedro.*

*Si perdiese tu amor, quisiera morir.*

*Pedro.*

Y así otros pensamientos escritos en las páginas de aquel libro en las horas lejanas del amor.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué horrible es esto! — gimió Mary.

En un momento acababa de descubrir el secreto terrible que había amargado los últimos días de Pedro... Pero aquellas páginas en las que constaba el nombre de Luisa y de Pedro juntos no dejaban lugar a dudas. ¡Todo era verdad!

La joven escuchó pasos cercanos y escondió repentinamente aquel libro. Salió a ver quien rondaba por allí y vió a Jimmy Duvier.

Con un mundo de dudas en el corazón, olvidó casi su trágico dolor para preguntarse qué haría allí el pretendiente de Norma.



Fué a saludarle y él, amable y correcto, le explicó que venía para ultimar unos detalles sobre una venta de objetos egipcios. Simplemente una cuestión profesional.

Iba a seguir preguntando Mary cuando vió que llegaba Luisa y volvió corriendo a la biblioteca. Ya allí, loca de dolor, pensando que aquella mujer había sido la responsable de todo, arrancó las páginas escritas por Pedro y las guardó cuidadosamente. Serían su acusación contra la miserable. Aun dudaba... ¿Pero era posible que aquella mujer que parecía tan santa le hubiese robado su amor?

Mientras tanto habían llegado a un salón Luisa y Jimmy.

—¿Por qué no viniste anoche? — preguntó ella.

—Luisa... no pude... una obligación urgente... pero óyeme, creo que deberíamos acabar nuestro amor.

—¿Qué dices, niño? — preguntó ella, sorprendida—. Tú no eres el mismo hoy... ¿Que yo te deje? Oh, nunca...

Y tras unos instantes de silencio, como si tomara una determinación, dijo:

—Espera, Jimmy, volveré...

Fué a su tocador para perfumarse, para engalanarse con todas las glorias de la se-

ducción que constituían su mayor fuerza. Y cuando volvió creyéndose irresistible, vió con pena que Jimmy había marchado ya...

Ahogó una mueca de disgusto... ¡Ah! ¿es que se le escaparía aquel hombre al que ella amaba tanto? No, no, aquella misma noche exigiría su casamiento.

Y entró en la biblioteca. Mary la contempló con horror, teniendo que realizar duros esfuerzos por no abofetearla. ¡Hipócrita!

—Voy a confiarle un secreto a condición de que lo guarde por unas horas — dijo Luisa con ánimo de darse esperanzas a sí misma.

—¿Qué es? — preguntó Mary, severa.

—El señor Duvier y yo nos casamos. Esta noche en la fiesta benéfica que da en su casa su madre de usted, lo participaremos a todos.

La pobre Mary sintió otra inmensa impresión. Nada dijo pero creyó que algo estallaba en su pecho. Retrocedió instintivamente como si le causara horror aquella mujer. ¡Ah, diablesa!, sembrando el mal con la semilla de su dolor... Era menester desenmascararla. ¿Era posible que Jimmy estuviese engañando a Norma? ¡Oh, no! Jimmy no era malo; la miserable era la otra, la venenosa, la cruel...



Se despidió friamente de Luisa y volvió a casa. Encontró en el jardín a su prima Norma.

—¡Qué alegre estoy! — dijo ésta—. Me parece un sueño que Jimmy me ame... ¡Amor que ha nacido en un instante !

Las manos de Mary cogieron los papeles arrancados del libro, para confesar, para decirle qué clase de mujer era Luisa y cómo se había apoderado ya del corazón de Jimmy. Pero vió que avanzaba su padre, y no quiso hablar.

—Yo también fui feliz... — murmuró.

Y alejóse para pensar en los métodos de su venganza mientras el señor Hemsley y su hija paseaban por el jardín, lleno de la luz de la primavera.

Por la noche se celebró en casa de la señora Edworth una gran fiesta de beneficencia.

A media noche llegó la viuda Harding.

La aparición de Luisa, ataviada con inconcebible extravagancia y provocativamente descotada, causó sensación.

¿Cómo era posible que aquella respetable dama se presentase así? Pero Luisa no vivía ya más que para seducir a Jimmy. Este, que hablaba con Norma, al verla, le volvió despectivamente su espalda, y con-

tinuó la conversación con su amiga que era, para él, la ilusión, la reina del hogar, no la aventurera que había pasado un momento por su vida pero a la que rechazaba sin esfuerzo.

Luisa, despechada, salió del salón y viendo un aposento contiguo, entró en él y escribió una carta:

*Jimmy: Debo verte en seguida.*

*Luisa*

Llamó a un criado y ordenó llevase aquella esquila a Jimmy. Este, al recibir la carta, se despidió de Norma alegando una excusa y fué hacia el sitio que le indicara el criado.

Entró en un saloncito y tras Jimmy se cerró la puerta con llave. Luisa que tenía el llavín en una mano, cerró otras dos puertas y también el balcón.

—¿Qué te propones? — le dijo él, severamente.

—¡Jimmy, Jimmy! ¿No sabes ver que te amo locamente?

—Luisa, no quiero que te ofendas, pero yo no te amo — respondió él con dureza.

—¿Y entonces tus promesas y tus caricias? ¡Embustero! — gritó ella.

Se retorció de desesperación con un dolor de verdadera enamorada.



—Es imposible. Tú no puedes comprender... Olvídame, Luisa, es necesario...

—Jimmy, por Dios, estoy desesperada. ¡No quiero que me dejes!

Y pretendía abrazarle, hacerlo suyo, darle el consuelo de los besos... Aquella mujer, a quien ahora la realidad trataba como ella tratara antes a Pedro, presa de un amor que la enloquecía, era capaz de todo para conseguir su propósito.

—Ya comprendo — dijo al final—. Tú estás enamorado de Norma, de esta niña, y yo lo impediré...

—Sé razonable, Luisa — contestó Jimmy con cierta lástima por la mujer que le quería tanto y que él ya no podía amar—; el más leve intento de escándalo destruiría la felicidad de Norma, esa pobre niña inocente.

—¿Y qué me importa a mí la felicidad de Norma? Yo procuro por la mía...

Mary, que había visto desaparecer a Jimmy, se acercó a la puerta y escuchó. Los gritos de Jimmy y de Luisa la llamaron la atención y fué a decírselo a su madre.

—Yo por la felicidad de Norma soy capaz de todo, de cualquier sacrificio — dijo Jimmy.

—Entonces, renuncia a ella — respondió

Luisa—, aun es tiempo... porque le dirán o haré que se lo digan lo que ha mediado entre nosotros y sus severos principios le impedirán unirse a ti.

La señora Edworth y Mary habían llegado junto a la puerta y forcejeaban por entrar. Sospechaban que algo terrible estaba ocurriendo allí dentro. No oían bien el sentido de las palabras, pero su acento era rudo, de combate.

—Cásate conmigo — decía Luisa—, aunque no me ames. ¡Me es igual... con tal que seas mío!

—¡Calla, loca... van a entrar... estamos comprometidos... abre la puerta, por favor!

—Te quiero... Jimmy — gimió ella, pretendiendo abrazarle con el deseo de que la encontraran unida a él.

—¡Déjame estar! ¡La llave! ¡La llave!

Ella vió tal furor, tan horrible cólera en el semblante de su amigo, que consideró perdida ya toda esperanza y le entregó, desalentada, la llave. ¡Era inútil resistir!

Jimmy huyó por otra puerta, y Luisa, abriendo la puerta por la que llamaban la señora Edworth y Mary, se escondió protegida por la penumbra y cuando ellas entraron logró huir.

Las dos mujeres se convencieron de que



allí no había nadie. La señora Edworth no acababa de comprender bien lo ocurrido. Habían disputado, mas, ¿qué había podido suceder? Y Mary lo entendía demasiado. Ah, la infame, la maldita. Y salieron otra vez lentamente.

Entretanto, Norma, que estaba con su padre, comenzaba a extrañar la ausencia de Jimmy. La señora Edworth volvió al salón.

Mary vió en una de las salitas a Jimmy y le vió acercarse a ella nervioso, intranquilo.

—Le ruego que diga a Norma que he debido ausentarme...

—¿Para casarse con Luisa? — le dijo ella, severamente.

El la miró aturdido. ¡Mary lo sabía todo!

—Perdóneme, Mary. No, no... Yo no amo a esa mujer, no la amo... Hay razones que no puedo explicar... quizás más tarde, ¿qué sé yo?... No sé... no sé...

Salió de allí enloquecido y poco después se iba Luisa, hacia su casa, a llorar su derrota.

Mary recomendó a la señora Edworth un generoso silencio, hasta que se aclarasen las cosas. Al día siguiente, se conocería la verdad. Y Norma apareció disgustada, extrañándole la ausencia de su novio.

\*

A la mañana siguiente, Mary se dirigió a casa de Luisa. Entró en su habitación. La diablesa acababa de levantarse. Luisa vió a Mary con el semblante duro y agresivo.

—No parece que traiga muy buenas noticias, querida mía — le dijo Luisa.

—No, no las traigo — rugió Mary—. Y vengo a pedirle a usted estrechas cuentas de todo. Aquí está la prueba de que es usted responsable de la muerte de Pedro.

Y le mostró las hojas arrancadas del libro de poesías.

Ella sonrió, pálida y sorprendida.

—¡Qué ridiculez! — se limitó a contestar.

—No son ridiculeces, señora. Destruyó usted mi felicidad, pero no destruirá usted la de Norma. ¡Sé que quiere usted casarse con Jimmy... y no lo logrará!

Estas palabras excitaron la ira de Luisa.

—¿Cómo se atreve usted a hablarme así? ¡Salga en el acto!

Mary sacó temblorosa un revólver del bolso.

—¡Pondrá usted una carta al señor Duvier tal como yo se la dicte, despidiéndose de él para siempre! ¡Escriba!



La apuntaba, implacable, pronta a disparar.

Y Luisa, temblando, se sentó ante una mesa y se dispuso a escribir. Un odio satánico contra Mary se encendía en su corazón. ¡Si ella pudiera!

Ella cogió la pluma pero, de pronto, con un rápido movimiento, pretendió apoderarse del revólver de Maary y las dos mujeres comenzaron entonces una lucha feroz, desesperada.

El arma había caído al suelo y Mary y Luisa con el rencor trágico de los rivales se acometieron en busca del revólver...

Un criado abrió la puerta y contempló con horror aquella lucha de salvaje fiereza. Entre las manos cruzadas de las mujeres estaba el revólver, pero Mary pudo arrancárselo por fin a su rival...

Corrió el criado a impedir que continuase aquella pelea bárbara que se desarrollaba entre lágrimas y rugidos y forcejeó para quitarles el revólver. Pero no lo logró.

La lucha prosiguió violenta. Las dos mujeres pretendían apoderarse mutuamente del revólver. En el ardor de la contienda Luisa puso el arma en dirección a su propio pecho... y cuando pretendía librarse de las manos de Mary que querían quitárselo de

nuevo, ella involuntariamente apretó el gatillo, y la bala fué derecha a su corazón...

Luisa cayó instantáneamente. Mary y el criado contemplaron con horror a la bella mujer que tenía los ojos abiertos, vidriosos, de la muerte.

¡La diablesa había muerto! Ya no volvería a sembrar el mal! Su propia mano ponía fin a su existencia.



Todo pasó. Habiendo asegurado para Norma la felicidad que a ella le fué negada, Mary buscó la paz y el consuelo dedicando por entero su vida al Señor, en un convento.

Muerta Luisa — a los ojos de la justicia fué un suicidio—, Jimmy pudo gozar del puro amor de Norma que jamás se enteraría de su pasado. La tía Edworth, aconsejada por Mary, callaría aquella disputa del baile. Jimmy era un hombre honrado y haría la felicidad de su mujer.

Y fué así. Jimmy, maldiciendo la mala pasión que había estado a punto de envenenar su vida, encontró en Norma la estrella sagrada de su destino...

F I N



PRÓXIMO NÚMERO:

## *Papá dice que no*

por la gentil  
Postal fotografía-regalo: MARY BRIAN

ESTELLE CLARK

La Novela Semanal Cinematográfica

sale todos los miércoles

Precio: 25 cénts.

¡ SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS !

Lea usted

EN PREPARACIÓN:

Don Juan

Noche nupcial

El séptimo cielo

La mariposa de oro

"Beau geste"

El demonio y la carne  
entre otras.

## La tía Ramona

por Tomás Cola, Luisa Fernanda  
Sala, Alfonso Granada, Luisito  
Gargallo, etc.

:: Libro 18 de las selectas

### EDICIONES ESPECIALES

DE

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA ::

¡ SIEMPRE LO MÁS GRANDE !